

Los buenos malos tratos

Fernando Almena

PERSONAJES

ÉL.
ELLA.
FUNCIONARIO.

**(Mesa o mostrador tras la que atiende el
FUNCIONARIO.)**

FUNCIONARIO.- (Grita.) ¡Siguiente!

(Por un lateral entra una pareja con trazas de matrimonio estable. Entre cincuenta y sesenta años. Va delante ELLA, pero cuando llegan junto a la mesa se adelanta ÉL.)

ÉL.- Buenos días. ¿Es usted el responsable?

FUNCIONARIO.- No, por supuesto.

ÉL.- Siempre existe alguien por encima.

FUNCIONARIO.- (Con sonrisa de anuncio de dentífrico.) ¡Magnífico!, ha sabido captar a la perfección el espíritu de nuestro abnegado Cuerpo: la no asunción de responsabilidades, habida cuenta de que siempre existe un superior sobre cuyos hombros descansa mayor responsabilidad. Ergo la responsabilidad no existe, pura entelequia. ¿Me comprende?

ÉL.- El ciudadano jamás comprende a la Administración, sólo la detesta y paga, señor mío, le paga y detesta. Reiniciemos: ¿es usted el irresponsable?

FUNCIONARIO.- (Sin renunciar a su sonrisa cinemascópica.) Para lo que gusten. Nivel veintiocho y con aspiraciones. Ustedes dirán.

ELLA.- Verá, nosotros...

ÉL.- Tenemos un problema de... **(baja la voz, como con timidez)** convivencia.

FUNCIONARIO.- Dijo convivencia, ¿verdad? ¿O fue connivencia? Ambos parónimos definen dos problemas habituales en nuestro perfecto y saludable Estado de derecho: la convivencia y la connivencia.

ÉL.- No olvide la conveniencia.

FUNCIONARIO.- Sí, señor, un parónimo de los anteriores, mas no un problema, sino **(con exaltación, iluminado)** la guía, el faro espiritual de Occidente.

ELLA.- Ni tampoco deje a un lado la conciencia.

FUNCIONARIO.- Sobre ella se erigió el aludido faro..., o sobre su tumba, a saber. **(Breve pausa.)** Luego sólo pudo decir convivencia o connivencia, y por eliminación, dada la evidente falta de notoriedad de ustedes, su insultante vulgaridad, hasta nuestro secretario de Estado llegaría a colegir que su problema es de convivencia.

ÉL.- La verdad es que convivimos bien.

ELLA.- Maravillosamente.

FUNCIONARIO.- Entonces, ¿qué pretenden! Este Organismo tiene como finalidad solucionar problemas al ciudadano. Si lo que buscan es una felicitación, habrán de aguardar a Navidad.

ÉL.- No, no lo entiende, es otro nuestro problema.

FUNCIONARIO.- ¡Cómo no voy entenderlo siendo funcionario por oposición!

ÉL.- Mire, déjelo. Quizá no hemos dado con el Organismo adecuado.

FUNCIONARIO.- Claro que han dado. Podría ofrecerles mil testimonios de éxitos logrados, estadísticamente a sólo diez con trece puntos del número de fracasos. Sepan que la Administración no es la de antes, está más cerca del ciudadano, pero... no nos desviemos de la cuestión. Expongan su problema de una jodida vez.

ÉL.- Nuestro problema radica en que fuimos educados en el respeto y la tolerancia.

ELLA.- Se refiere al respeto mutuo y la resignación.

FUNCIONARIO.- Todos hemos sido educados en tan nobles principios porque somos un país demócrata, supongo... Quiero decir que supongo que todos hemos sido educados en tan nobles principios, que la democracia de nuestro país está fuera de cuestión, **(con escaso convencimiento)** ¿no es así?

ÉL.- Si usted lo dice... Nosotros sólo decimos que nuestra educación se ha quedado obsoleta.

ELLA.- Nos gustaría vivir de acuerdo con la época. Nuestras vidas carecen de agresividad, de emoción, de violencia, digamos que son un poco *light*. Estamos hartos de ser personas normales.

ÉL.- La normalidad convierte nuestros principios éticos en pura utopía, más aun, en pura ucronía.

FUNCIONARIO.- La normalidad jamás se halla fuera de tiempo ni de lugar. El Estado es cuanto desea: ciudadanos normales. Todos normales. Ya lo dijo el filósofo: La normalidad es el alma de la muchedumbre. ¿O era de la mansedumbre?

ELLA.- Pero la normalidad, en nuestro caso, nos hace diferentes, y esa excepcionalidad, infelices.

FUNCIONARIO.- El Estado, precisamente, también pretende la felicidad del ciudadano, **(no convencido)** al menos en teoría. Concrétenme su caso.

ELLA.- Mi marido me trata magníficamente.

ÉL.- No sé de otro modo, y ahí se halla el problema. Me gustaría maltratarla, no digo llegar al sùmmum, al asesinato, pero siquiera maltratarla un poquito. Soy incapaz.

ELLA.- Compréndalo, seríamos más modernos y yo me sentiría realizada.

FUNCIONARIO.- El Estado está, asimismo, para favorecer la realización de los ciudadanos..., ¿o de los políticos? Sí, creo que era para la realización intelectual de los ciudadanos, ¿o para la realización económica de los políticos?, ¿no será a la inversa? Bien, dejémoslo. Díganme con exactitud qué pretenden de mí.

ÉL.- Que me ayude a superar mi educación caduca y mis prejuicios y me enseñe a maltratarla.

ELLA.- Y a mí, a asediarme oral y psíquicamente para provocar su irascibilidad e incluso su ira a fin de acabar con su trato exquisito y pasar a otro más rudo.

FUNCIONARIO.- ¿Cómo, que yo les ayude? ¡Están locos!

ÉL.- Es su obligación. Para eso cobra de nuestros impuestos.

FUNCIONARIO.- No es necesario que me recuerden mis obligaciones. Pero ¿no se dan cuenta de que es imposible ayudarles de forma oficial en un asunto tan vilipendiado y criticado como el de los malos tratos? Se nos echaría encima cierta opinión pública contestataria. Hemos de cuidar las apariencias.

ELLA.- Creímos que los malos tratos por ser tan habituales y extendidos estarían amparados por el Gobierno.

FUNCIONARIO.- (Ríe sarcásticamente.) ¡Amparados!, qué estupidez. **(Confidencial.)** Digamos que existe cierta tolerancia, para mí que le producen morbo. Pero el Gobierno, por muy tolerante que sea, no va a repartir estacas. Ha de guardar las formas. Harto tiene con hacer la vista gorda.

ÉL.- No entiendo por qué. Yo creía que los malos tratos eran práctica popular, como las verbenas o los bailes regionales.

FUNCIONARIO.- Y lo son, pero exigen discreción. Nuestros políticos más conspicuos montan un escándalo y se rasgan las vestiduras cada vez que sale a la luz un caso de malos tratos, pero en cuanto llegan a casa: leña al mono.

ELLA.- ¿Tener un mono también es práctica democrática?

FUNCIONARIO.- No, señora, el mono, por ejemplo, puede ser usted, una metáfora.

ELLA.- Disculpe, con el debido respeto expongo que el mono lo será su padre, y la metáfora, su madre. Hemos venido a que nos ayude, no a que nos insulte.

ÉL.- ¿Y nos va a ayudar o no?, que ya me estoy impacientando con tantos circunloquios.

FUNCIONARIO.- Sí, lo haré, maldita sea, lo haré. Será un verdadero placer, que me lo está pidiendo el cuerpo porque, caballero, si me lo permite, su esposa tiene una bofetada, que ya quisiera nuestro director general para sí el placer de pegársela.

ELLA.- Huy, muchas gracias, no sabe cómo le agradezco el cumplido.

FUNCIONARIO.- (A ÉL.) Y usted es caldo de cultivo para el machaqueo psicológico.

ÉL.- Un honor.

FUNCIONARIO.- Bien, ¿a qué malos tratos aspiran: físicos, psíquicos o medio pensionistas, quiero decir, sadomasoquistas?

ÉL.- Yo preferiría físicos.

ELLA.- Yo, por supuesto, me quedo con los psíquicos.

ÉL.- Aunque no estaría mal de todo un poco. ¿No te parece, querida?

ELLA.- Sí, cariño, puestos a aprender...

FUNCIONARIO.- Miren, y no lo repetiré, la base de unos buenos malos tratos se halla en la provocación. Bien, consideraremos la más elemental y efectiva manera de lograrla. ¿Cuál es el auténtico vínculo de la familia?

ÉL y ELLA.- (A dúo.) El amor.

FUNCIONARIO.- ¡El dinero! Controle y escatime el dinero a su esposa.

ELLA.- Siempre lo ha hecho...

FUNCIONARIO.- Pues a partir de ahora cuando lo haga usted deberá llamarle avaro, ruin, miserable, hijo de puta, sí, eso es, hijo de puta. Así lo sacará de sus casillas.

ELLA.- Acepto que en casa alguien tiene que controlar los gastos. Aunque confieso que alguna vez he perdido los estribos y le he llamado eso que usted dice y más.

FUNCIONARIO.- (A ÉL.) ¿Y a usted no le importó? Era su oportunidad.

ÉL.- No, comprendí que era un arrebato, sin mala intención.

FUNCIONARIO.- Otra táctica: irítela. Niéguese a ayudar en las tareas de casa.

ÉL.- Si no ayudo...

ELLA.- (Digna.) Caballero, mi marido es muy hombre.

FUNCIONARIO.- Pues usted, señora, conviértase en una maniática del orden y la limpieza y, con esa excusa, hágale la vida imposible a su marido.

ÉL.- Así lo hace. Todos tenemos nuestras manías.

FUNCIONARIO.- Está bien, (a ÉL) córrase buenas juergas con putas y llegue borracho a casa. Eso la cabreará y su actitud le dará motivos para maltratarla.

ÉL.- Huy si yo le contara lo que llevo corrido...

ELLA.- ¡Bah!, pelillos a la mar, cosas de hombres.

FUNCIONARIO.- Ignórela, postérguela, despréciela como si fuera un objeto.

ELLA.- Es su costumbre, pero sé que en el fondo me considera.

FUNCIONARIO.- Pues usted, señora, ataque sibilinamente su dignidad, recuérdale sus fracasos, hiera su orgullo, pínchele, sea la mosca cojonera.

ELLA.- Vaya una novedad, lo he intentado miles de veces. Pero sin éxito.

ÉL.- No, querida, que en más de una ocasión me ha fastidiado.

FUNCIONARIO.- (Irritado.) ¡Gritense, insúltense, amenácense, pídanse el divorcio!

ELLA.- Llevamos veinticinco años haciéndolo.

ÉL.- Pero, luego, todo se olvida.

FUNCIONARIO.- (Desesperado.) ¡Oh!, es inútil. Estamos perdiendo el tiempo. Su exquisita educación jamás les permitirá malos tratos, y menos aún el asesinato.

ELLA.- Ya se lo dijimos. Hemos sido educados en el respeto y la condescendencia.

ÉL.- Déjalo, mujer. Ya sabía yo que nada conseguiríamos.

ELLA.- Está claro que el Estado es incapaz de solucionar los problemas al ciudadano. ¡Buenos días!

(Muy dignos, inician el mutis.)

FUNCIONARIO.- (Escaso de ánimo.) ¡El siguiente!

(Y cae con rapidez el telón.)

F I N